

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, ENERO 1º DE 1873.

{ NUM. 27.

CUENTOS DE MI ABUELO.

EL TESTAMENTO.

[Concluye.]

Un dia, pues, en que estaba sola con su vieja nodriza, entabló así la conversacion: «¿Sabe vd., mi buena Hernick, que en nada soy parecida á mis padres?—Está vd. loca, niña.—Ciertamente, si vd. no me hubiera criado, me persuadiria que me hubiesen cambiado al mamar.—¡Yo, andar en esos manejos! respondió la vieja toda turbada.—Si hubiera sido, respondió la doncella, para servir á un hombre respetable, para salvar la vida de su moribunda esposa; finalmente, para hacer dichosa á una huérfana desvalida de la Suiza, y vecina de vd., bien lejos de cometer un delito, mi buena Hernick, no hubiera ejecutado vd. sino una accion muy loable.—¡Cáspita! clamó sin quererlo la buena nodriza, ¡está vd. en todo el cuento!—Sí, repuso Celia derramando un mar de lágrimas, y arrojándose á sus brazos: no tema vd. que me corra de ello; pero si me tiene inclinacion, la ruego me diga á quién debo el sér, y mi reconocimiento será proporcionado al cariño que á vd. profeso.»

La buena Hernick, convencida de que Celia estaba instruida del secreto que tanto le habian ocultado, le confesó que ella misma la habia indicado á M. Dartus en el momento de perder á su hija última. Le comunicó que cuando ella nació, no vivia ya su padre; que sin esta circunstancia no hubiera llevado nunca otro nombre que el de Fritz, que su padre tenia, soldado valeroso, y cubierto de heridas; pero que hallándose á la muerte de este padre sin amparo, y espuesta á ser conducida á la casa de huérfanos de Zurich, no habian tenido la menor duda en el distrito para confiar su destino á aquel que desde su infancia se habia mostrado efectivamente como su verdadero padre. Esta buena mujer dió fin á tan importante revelacion, rogando á Celia que guardase sucesivamente el mayor sigilo, para no atraer contra sí la enemistad del buen M. Dartus, y mas particularmente para no afligir tan dolorosamente á su respetable mujer, con noticiarle que su verdadera hija habia muerto á pocos dias de nacida.

Celia, que queria á madama Dartus con el afectuoso y obediente amor de una hija legítima, se guardó muy bien, á pesar de todas sus penas, de hacerle sospechar la menor cosa de tan grave misterio; ¡pero cuánto tuvo que sufrir con su silencio!..... Ca-

da vez que madama Dartus la abrazaba nombrándola hija suya, hija queridita suya, y designándola como la esperanza y consuelo de su vejez, se conmovia toda sin quererlo la infeliz doncella, y hacia sumos esfuerzos para contener un mar de lágrimas prontas á correr. M. Dartus, á cuya singular perspicacia nada se ocultaba, advertia la secreta pena de Celia, seguia observando todos sus impulsos, y no tardó en convencerse de que la joven huérfana estaba noticiosa del misterio de su nacimiento. La vieja nodriza, á la que tanteó en secreto sobre este particular, le confesó cuanto habia pasado entre ella y Celia, y le dió parte del sentimiento que atormentaba el ánimo de la desgraciada doncella.

Este generoso y sensible hombre se apresuró á tener con Celia una conferencia privada, en la que supo el singular acaso que la habia hecho sabedora de su origen. La consoló, probóle de nuevo toda su ternura, y le recomendó, con el fin de evitar mayores desdichas, que no divulgase nunca un secreto de tanta entidad. «Se lo prometo á vd., dijo Celia, besando respetuosamente sus manos, y bañándolas con sus lágrimas; pero sin mi indiscrecion reprehensible, le tendria á vd. todavía por padre mio.»

Esta promesa de la doncella, aunque bien grabada en su corazon, se vió combatida de continuo

por incesantes impulsos que su penosa situación le daba. Un suceso inesperado, al que Celia no pudo resistir, deshizo el encanto con que ella se esforzaba en encubrirse, y causó el mas fatal desastre.

M. Dartus poseía una hacienda en los contornos de Chalons, junto al camino real de Strasburgo. Los ejércitos franceses acababan de obtener en Alemania muy señaladas victorias; y un sinnúmero de prisioneros austriacos se dirigía en destacamentos hacia aquella ciudad. Al pasar doscientos y sesenta prisioneros de estos, por delante de la casa de M. Dartus, se pararon para hacer alto, y descansar. La mayor parte de ellos quiso apagar la sed en una fuente que corría cerca de allí. Hacia á la sazón muchísimo calor; el cansancio de estos pobres viajeros, polvo de que estaban cubiertos, y sudor que corría por sus decaídos rostros, todo hizo la mas viva impresión en los ánimos de madama Dartus y Celia, que en aquel instante se hallaban á la puerta de casa. «Me dan mucha compasión esos infelices, dijo la benéfica dama; deténganse vdes. buenas gentes, gritó ella, es muy fria el agua de esa fuente, y les helaría la sangre encendida con la penosa marcha que traen..... Vé, hija mia, dijo á Celia, vete á decir á los criados que traigan algunos jarros de vino, para que se refocilen estos buenos alemanes» Celia obedeció con la ligereza de un relámpago. Los criados, y hasta el mismo M. Dartus, vinieron á ofrecer luego á los viajantes prisioneros el refrigerio de que tanto necesitaban. Celia, pertrechada sucesivamente de un jarro y vaso, ofrecía un trago á uno de ellos notable por sus canas, y numerosas cicatrices que cubrían todo su cuerpo. «Señor militar, le dijo al echarle un segundo vaso, ¿es vd. húngaro, ó austriaco?—Yo, suizo, respondió el anciano prisionero; estoy al servicio del emperador de Alemania mas de treinta años há; pero soy natural del canton de Zurich, y me llamo Guillermo Fritz.—¡Fritz! gritó sin poderlo remediar Celia: ¿ese es el nombre de mi padre?—¿Qué estás diciendo, hija? prorumpió sucesivamente madama Dartus.—Sí, señora, ese es el nombre de mi padre, repuso Celia con voz mas recia, y sin atender á madama Dartus; era como vd. soldado del canton de Zurich, y se llamaba Jorge Fritz.—Es mi sobrino, repuso el viejo suizo, el hijo de mi pobre hermano Jorge Si vd. es hija suya, es sobrina segunda de este su servidor.....»

Al acabar estas palabras, estrecha en sus brazos á Celia toda conmovida y trémula. Madama Dartus, cuyo asombro crecía á cada palabra, y mas particularmente con las señas que su marido hacia á Celia, pide y exige la esplicacion de tan atroz misterio; manda que venga la nodriza, la estrecha con preguntas; y llegando á saber por último, lo que tanto habian procurado ocultarle durante mucho tiempo, da un agudo grito, y cae desmayada en los brazos de su pariente. Este, mirando á Celia que en aquel instante percibe el terrible golpe, aunque involuntario, con que ha traspasado el pecho de su bienhechora, le dice con el mas conmovido acento: «¡Qué has hecho, querida y preciosa huérfana! ¡Oh, qué desdichas va á acarrearos tu indiscreción!» Apenas habia proferido estas palabras M. Dartus, cuando Celia se abalanza hacia la mujer de este, la cubre con todo su cuerpo, la aviva llamándola á voces madre suya, y logra finalmente hacer que vuelva en sí; pero fué tan fuerte la conmoción que esta mujer sensible recibió, que fué necesario llevarla en brazos á casa. Fijados sin cesar los ojos en Celia, repetía con el acento de la desesperación: «¡Que no eres hija mia! ¡que estoy ya sin hijos!.....» En balde procuró aplacar su dolor M. Dartus, quien no la dejó en toda la noche. Celia, que habia conseguido del oficial que iba conduciendo á los prisioneros que su anciano tío se quedase en casa, agregó sus desvelos á los de M. Dartus, y dió á su digna mujer todos los testimonios de su amor y gratitud. El viejo Guillermo, aunque gozoso y ufano de haberse encontrado con semejante sobrina, se mostró condolido del desastre que habia ocurrido á madama Dartus. La pesadumbre que esta habia recibido, era superior á sus fuerzas. Los socorros del arte y deseos de M. Dartus, de Celia y demás personas de las inmediaciones á quienes la enferma habia hecho felices,

la llamaban en balde hacia la vida, pues fué sorda á sus clamores la naturaleza, y esta idolatrada mujer espiró en los brazos de su esposo ó hija adoptiva, la que no cesaba de repetir con el mas dolorido acento: «Yo la he muerto..... Sin mi irremisible indiscreción viviria todavía, la apretaría en mis brazos..... La llamaria madre mia. ¡Ah! lo conozco en mi dolor, nada me hace excusable.....»

Fuó tal el despecho de Celia, que se temió por algunos dias perdiese el juicio. M. Dartus mismo se vió forzado á distraerse en su acerbo dolor, para consolar á esta desgraciada. Exigió de ella que no se apartaría nunca del lado suyo; y logró por medio de sus empeños el canje del anciano prisionero Guillermo, que halló en su sobrinilla toda la asistencia y miramientos de la mas afectuosa hija. La educación que Celia habia recibido, y las gracias de su hermosa figura le atrajeron una multitud de novios; pero ella no sufrió nunca que le diesen otro nombre que el de Celia Fritz: tomó únicamente al lado de M. Dartus el título de huérfana, á la que él habia amparado en la indigencia y educado en la infancia; y cuando este hombre insigne, llamándola siempre hija suya, la abrumaba con caricias y beneficios, no los recibía ya Celia mas que con el mayor respeto; se anegaban sus divinos ojos en lágrimas, y entre los sollozos que ahogaban su voz, le decía: «Sin mi falta atroz, viviria todavía madama Dartus, y me tendria yo por hija de vd.; ¡ah! lo experimento aunque tarde: una sola indiscreción

basta para robarnos la felicidad de toda nuestra vida.....»

EL PADRE Y EL HIJO.

(FABULA.)

—Eh! ya veo que en juegos y en diabluras Me has de quitar la vida Con tus inaguantables travesuras.

—¿Por qué lo dice usted?

—Tú, tú lo dices, Tú que vienes con sangre en las narices.

—Me dí un golpe, señor, andando á oscuras.

—Y vamos..... bien! ¿y qué?

—Yo no veía, Y claro está, señor.....

—Cierra ese pico, Que lo claro es aquí la razon mia: Si caminas de noche y no de dia, ¿Por qué no enciendes una luz, borrico? —Padre, dice usted bien: *yo me excusaba De una falta con otra.*

—Buen consuelo!

—Fuí realmente un aturdido.

—Acaba.

—Mas yo me enmendaré.

—¡Quiéralo el cielo!

VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA ELENA, Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



XXXIX

Con doscientos mil trabajos han llegado Fernando y Elena á una esplanadita, en donde siquiera pueden estar á pié firme y tomar aliento. Esto no quiere decir que la señorita Elena esté ya de todo punto tranquila, nada de eso; figúrense ustedes que al volver la cara topó con un agujero, negro, negro, y en ese agujero una cosa que relumbraba, y que no

era por cierto *el chapin de la Condesa*. «¡Cuidado!» le dice á Fernando que se agachaba para ver qué era aquello: «¡no vaya á ser algun salvaje que vive ahí!» Lo peor del caso es, que como para bajar tuvo Fernando que tirar el báculo en la cima de la montaña, se ha quedado lo que se llama sin un alfiler.



XL

¡Jesus nos valga!..... ¡de aquel agujero ha salido con gran estrépito un animal horroroso, negro, velludo y con alas! ¡Al volar les rozó la cara.....! ¡qué horror! — «¡Yo quiero irme de aquí!» gritó Elena

perdiendo completamente la moral: «¡yo no quiero quedarme en Africa! ¡yo quiero volverme á casa de mi tío! ¡Todo esto es horrible!» Fernando no contesta, pero *quien calla otorga.*

CARTAS A LOLA.

CARTA V.

Te dije en mi anterior que te hablaria del comedimiento, los buenos oficios, y sobre todo, tolerancia que debes usar con tus amigos.

He dicho *tolerancia* sobre todo, porque aunque te dije tambien que la amistad solo puede ser verdadera y firme cuando se mantiene entre personas virtuosas, esto no es decir entre personas perfectas, pues nadie es perfecto; mas ó menos numerosas, mas ó menos grandes, todos tenemos imperfecciones. Hé aquí por qué razon te recomiendo la tolerancia, pues si no la usas, jamás tendrás amigos.

Además, cuando notes un defecto en alguna de tus amiguitas, recapacita sobre los tuyos, y verás cómo así te parece menos grande el defecto ajeno.

Supongamos por ejemplo, que notas en tu amiga que de vez en cuando suele enojarse y gritar y llorar porque no le dan algo que ella pide. Esto te parece muy malo; tienes razon, pero recuerda que tambien tú has solido hacerlo, y entonces encontrarás indulgencia y disculpa para ella. Lejos, pues, de recriminarla, debes tomar una buena leccion y no volver á hacer tú cosa semejante, pues si parece mal en tu amiga, ¿qué razon hay para que en tí parezca bien? Ninguna. Y aun puede ser que si ella ha hecho mal, tú hayas hecho peor; puede que ella sea menor de edad que tú, puede que tú hayas tenido pretesto menos plausible que el que ella ha tenido para dejarte arrebatado de la cólera. Observarás que te he dicho *pretesto* y no *motivo*, porque ninguno me parece motivo para hacer esos berrinches que tan feas ponen á las niñas. Así, pues, vuelvo á recomendarte la tolerancia para con tus amigos, pues solo tolerando las ajenas imperfecciones, podemos lograr que se disimulen las nuestras, y conservar el aprecio de nuestros buenos amigos.

La amistad exige no solo la tolerancia, sino el co-

medimiento para con las personas á quienes ella nos liga.

Una niña bien educada, jamás debe contradecir á las niñas que la visitan, sino por el contrario, debe procurar agradarlas en todo lo que ellas deseen, con tal de que no sea cosa que pueda desagradar á sus padres, pues en este caso debe resistir enérgicamente á los imprudentes deseos de sus amigas.

Nada he visto mas enfadoso que una niña que siempre está fria ó de mal modo con sus amigas; que si ellas quieren ir al balcon, á ella se le antoja que deben saltar la cuerda; que si ellas desean esto último, á ella le viene gana de jugar con las muñecas. Resulta naturalmente que las amigas se cansan de esa impertinente y no la visitan mas. No quisiera yo que tuvieras ningun rasgo de semejanza con ese modelo de falta de comedimiento; y con este fin seguiré en mi próxima carta hablándote de este asunto, porque la presente se va alargando un poco.

MAGDALENA.

Diciembre 16 de 1872.

LA VIDA DEL HOMBRE.

(FABULA.)

Hecho ya el mundo y poblado
Con todos sus animales,
A cada cual su destino
Júpiter quiso anunciarle.
—Tú has de servir (dijo al asno)
De acémila perdurable:
Te darán mal de comer
Y palos á centenares.
Treinta años es necesario
Que en ese oficio trabajes;
Despues de treinta cumplidos,
Te dejaré que descanses.
—Treinta años (replicó el burro)
De afan, de palizas y hambre,
Son demasiado: te pido

Que unos veinte me rebajes.—
Júpiter convino en ello,
Y al perro mandó acercarse.
—Tú (dijo) serás del hombre
Compañero inseparable.
Tú cazarás, y tu dueño
Comerá lo que tu caces;
Tú le guardarás la casa
Treinta y cinco años cabales.
—Muchos son (repuso el perro),
Porque es el trabajo grande:
Quítame los veinticinco;
Basta con los diez restantes.
—Norabuena (contestó
El siempre benigno padre):
Vete en paz y al mono dile
Que se me ponga delante.—
Pasado el aviso al mono,
Que vino haciendo visajes;
—Tú (dijole el dios riendo)
Casi para nada vales.
Arrastrando una cadena
Y en poder de charlatanes,
Veinticuatro años harás
La diversion de las calles.
—¡Yo (gritó el mono) sufrir
Veinticuatro años de ultrajes!
Rebaja pido.—Corriente.
Cuánto?—La tercera parte.—
Por su orden tocaba al hombre
A Júpiter presentarse.
—Ven tú, predilecto mio,
(Prorumpió el númen afable).
Mira esas verdes colinas,
Mira esos floridos valles,
Mira ese revuelto mar,
Que tú poblarás de naves:
Todo es tuyo: vive y goza
Tesoros tan abundantes.
—Treinta años te doy, que es tiempo
De mas para que te sacies.
—Treinta no mas (clamó el hombre);
Es un soplo, es un instante.
Con plazo tan reducido,
¿Qué ha de poder disfrutarse?
Dame cien años lo menos,
O si no, recoge y dame
Todos los que el mono, el perro
Y el asno dejaron antes.—
Júpiter condescendió,
Bien que no de buen talante,
Y esplicó de esta manera
Su decreto inalterable:
—Al asno, al perro y al mono
La vida les heredaste;
Les heredarás tambien
Con ellas sus propiedades.
Treinta años de vida de hombre
Tendrás feliz y agradable;
Pero de bestia será
Desde treinta en adelante;
De los treinta á los cincuenta
En tí lloverán afanes:
Mantendrás casa y familia
Con tu labor incesante.
De allí á los setenta y cinco,
Adorando en lo que guardes,
No dormirás, recelando
Que todos van á robarte.
Si de allí pasas, entonces,
Perdidas tus facultades,
Te harán fábula del mundo
Chocheces inaguantables.
Mejor mil veces te fuera
Con mi gusto conformarte:
Bien te dí, y el *mal* pediste:
Quien lo quiso, que lo pase.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

En la creencia de una inmortalidad personal, se ha dado á nuestro sér terrestre una significacion, una sustancia, un interes, un objeto y un punto

fijo de accion, sin el cual nuestra vida no podria tener mas significacion que la de una bestia, ó la de una planta.

En esta creencia, es digno nuestro tiempo de emplearse en luchar por la perfeccion moral é intelectual, aun cuando el próximo momento debiera ser el último de nuestra carrera terrestre. Sin ella, todos nuestros adelantos mentales y morales, vendrian á ser pura imaginacion y totalmente insustanciales.

Por esta creencia solamente puede el hombre tener valor para imaginarse á sí mismo en la vida, para soportar, sufrir y aun para ofrecer su vida en holocausto, por la razon, la verdad y la moralidad. Una estrella fija de esperanza brilla sobre él. Sin ella no podria haber un poder moral, ni la permanencia en una vida moralizada, ni permanente dignidad de carácter.

Por último, merced á esta creencia, asume la creacion entera una conexion y un objeto: yo sé bien para qué he nacido hombre. Sin ella permanecemos en un caos lleno de perplejidades y contradicciones, en el cual se contienen heterogéneamente con nosotros, dotes y poder sin objeto, requerimientos y derechos sin dignidad ó realizacion, esperanzas y deseos sin perspectiva de ser llenados; caos en que falta absolutamente el elemento que se requiere para reducir todos esos confusos constituyentes, á la nulidad.

Donde quiera que se encuentra la raza humana, se halla la fé en la inmortalidad personal. Esta fé, que es tan antigua y se halla tan esparcida como la raza humana; esta fé que no ha sido inventada por el amor propio y asida y propagada por un sacerdocio sin escrúpulos, sino que es un constituyente esencial de nuestra naturaleza, es el gérmen de que se ha desarrollado toda la humana cultura, y ha dado constante apoyo.

Si fuese posible para la salvacion del hombre—para la salvacion del hombre no lo es—matar enteramente esta creencia en el hombre, de manera que no quedase ni una sola señal de ella, el resultado seria deshumanizar al hombre, en la mas lata estension de la palabra, seria hacerlo retroceder á la clase de los animales.

Aun Goethe dice: «¿Por qué no tendría mi fé un origen divino y un objeto real, ya que se aprueba á sí misma tan eficiente? ¡En la práctica es donde llega á ser cierta aun nuestra propia conciencia individual!»—HUFFEL.

El jóven debe estar acostumbrado á obedecer, para que se encuentre capaz de obedecer á la razon.

Deben ser conducidos en los mejores pasos de la vida, y el hábito llegará pronto á serles agradable.—PITÁGORAS.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

ARTICULO III.

Del acto de levantarnos.

(Concluye.)

VIII

Es signo de mal carácter y de muy mala educacion, el levantarse de mal humor. Hay personas á quienes no puede hablarse en mucho rato despues que han despertado, sin que contesten con displicentes monoslabos. Para el hombre bien educado no hay ningun momento en que se crea relevado del deber de ser afable y cortés; y si al levantarse tiene el ánimo afectado por algun disgusto, lo oculta cuidadosamente desde el momento en que alguno le dirige la palabra.

IX

Las mismas consideraciones que hemos guardado al acostarnos á las personas con quienes vivimos en

un mismo aposento, les serán guardadas naturalmente al levantarnos; así es que si en este acto sucediere que aun duerme algun compañero, no turbaremos su sueño con ningun ruido ni de ninguna otra manera, ni abriremos puertas ó ventanas de modo que el aire frio penetre hasta su cama, ó la luz le hiera el rostro directamente.

X

Pero el que duerme acompañado cuidará de no prolongar su sueño, sin un motivo legítimo, hasta llegar á embarazar las operaciones de los demás, pues esta no sería menor incivilidad que la de perturbarlos cuando son ellos los que están durmiendo.

XI

Cuando tengamos que levantarnos antes de la hora ordinaria, ya sea porque estemos de viaje, ó por otro motivo cualquiera, no nos creemos autorizados para perturbar á los que duermen, con la bulliciosa preparacion de nuestro equipaje, que ha debido quedar terminada en la noche, ni con el ruido excesivo que pueden ocasionar las diversas operaciones que háyamos de practicar, para el aseo y compostura de nuestra persona, arreglo de nuestra bestia, apertura de puertas, salida de la casa, etc.

XII

Algunas personas se creen relevadas de estos cuidados cuando se encuentran en una posada; así es que al levantarse para emprender viaje, alborotan el edificio, y despiertan y molestan á los demás huéspedes que permanecen en sus camas. Guardémonos de proceder así jamás, y tengamos presente que el que de esta suerte se conduce en una posada, se despoja del derecho de ser á su vez considerado, y prueba que su civilidad, escluyendo á los estraños, no está fundada en la benevolencia, qué es su verdadera base.

XIII

Dispuestos ya para emprender un viaje de madrugada, despídámonos en la noche de las personas con quienes vivimos, sin dejar esto nunca para el acto de levantarnos; pues solo cuando se trata de personas muy estrechamente ligadas por los vínculos de la sangre ó de la amistad, dejará de ser incivil el que las despertemos para decirles adios.

XIV

Acostumbrémonos desde niños á arreglar nuestra cama, luego que en nuestra habitacion haya corrido libremente el aire por algun rato.

XV

No salgamos nunca de nuestro aposento sin estar ya perfectamente vestidos; y no creamos que la necesidad de salir de improviso por algun accidente cualquiera, nos autorice para presentarnos mal cubiertos ó en traje poco decente.

XVI

La costumbre de tomar algun ligero alimento al levantarnos, á mas de ser generalmente útil para la salud contribuye á suavizar nuestro aliento, el cual no puede ser puro mientras que no se pone algo en el estómago. Y téngase presente, que ningun cuidado ni sacrificio debēmos ahorrar por conseguir la inestimable ventaja de tener siempre un buen aliento.

XVII

Tan solo los enfermos deben tomar el desayuno en la cama; los que gozan de salud, lo harán despues que se encuentren aseados y vestidos. Es chocante que una persona que ha de levantarse y salir de su habitacion, se haga conducir antes el desayuno á la cama, donde lo toma sin haberse lavado la boca.

XVIII

Una vez que estemos en disposicion de presentarnos delante de los demás, cuidemos de informarnos de la salud de nuestra familia. Semejantes actos de obsequiosa etiqueta, reconocen por móvil el afecto

á las personas con quienes vivimos, y sirven para aumentar ese mismo afecto, y para hacer cada vez mas grato y dulce el interesante comercio de la vida doméstica.

CUENTECITOS Á MIS NIÑOS.

XVI

EDUARDO, Ó EL BUEN PASTORCILLO.

Sobre el declive de una colina, entre verdes prados, iba errante el mas hermoso rebaño que nunca se vió, guardado solamente por dos fieles perros. El pastorcillo Eduardo le habia abandonado en medio de la pesadumbre que le afligia, porque su corderillo acababa de ser herido por el hijo del señor del pueblo.

Eduardo se hallaba huérfano de padre y madre: un labrador caritativo le habia recogido en su casa y le hacia guardar el rebaño.

¡Nada mas bello que este pastorcito! sus ojos eran azules, sus carrillos colorados, y sus rubios cabellos, siempre bien rizados, fluctuaban ligeramente sobre su cuello. Contra la costumbre de esta clase de niños, Eduardo, con una pequeña chaqueta de tela, estaba siempre muy curioso y aseado, de suerte que era un placer el verle, y hablarle: cada uno hubiera querido tener un niño semejante á él.

El amable niño habia criado un corderito, que era todo su contento; le llamaba *Robin*, y *Robin* corria cuando él le llamaba. Eduardo le ponía sobre las hojas tiernas, y le daba su pan como á su mas querido amigo.

El amable pastorcito, echado sobre la yerba, estaba un dia jugando con su *Robin*, cuando el señor del pueblo pasó cerca del rebaño con su hijo, muchacho muy travieso, que no se complacia mas que en hacer mal.

Desde lo mas lejos que Roberto divisó á Eduardo, se preparó para hacerle alguna diablura: dejó que se adelantase su padre algunos pasos, tomó un guijarro, y le arrojó con toda su fuerza sobre Eduardo. El pastorcito, que estaba observando á Roberto, evita el golpe; pero la piedra toca á su corderillo, el cual cae herido gravemente dando el mas lastimero grito.

Eduardo tomó su pobre corderito entre sus brazos, y se puso á llorar. Reparando el señor en su pesadumbre, se acercó para informarse del motivo de su dolor. Eduardo no tuvo bastante atrevimiento para acusar á Roberto; pero enseñó la sangre que corria de la llaga del cordero, y sus gemidos redoblaron. Roberto se mantenía tras de su padre sin hablar una palabra.—¿Quién hirió este cordero? dijo el señor al pastor.—Eduardo bajó los ojos y respondió:—Mi señor, fué una piedra.—¿Pero esta piedra, quién la ha arrojado?—Eduardo guardó silencio.—Ya estoy al cabo, prosiguió el señor..... ¿Roberto, podrias tú decirme quién ha cometido esta maldad?—Padre, fué sin querer. (Roberto decia mentira.)—¡Ah! ¡eres tú, señorito! ya me lo pensaba..... Primero paga el cordero de este niño; por lo demás nos veremos. Roberto sacó el bolsillo, y presentó un doblon al pastorcillo.—Guarde vd. su dinero, señor Roberto, le dijo Eduardo llorando, pues que eso no curará á mi *Robin*.—Amigo mio, le dijo el padre, eso es para pagar tu cordero: como no es tuyo, debes sin duda dar cuenta de él.—Señor mio, el cordero no ha muerto todavía; ¡yo tengo esperanza de curarle!..... A pesar de esta esperanza las mas gruesas lágrimas corrian á lo largo de las mejillas de Eduardo, el cual acariciaba y daba besos á su pobre *Robin*.

El señor arrojó el doblon á los piés del pastorcillo, y prosiguió con su hijo el camino de la quinta, para castigarle como merecia.

De su parte Eduardo, muy apesadumbrado, tomó el cordero sobre sus espaldas, y le llevó á la granja. Le dió á Manolita, niña muy cariñosa y sensible, la cual limpió la llaga del pobre *Robin*, y le dió leche para pasar hasta tanto que la madre del cordero volviese de los campos..... *Robin* no murió; este reconocido animalito se aficionó tanto al pastorcito, que jamás le abandonó.